



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Luhmann, Niklas

Causalidad en el Sur

Estudios Sociológicos, vol. XXVII, núm. 79, 2009, pp. 3-29

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59820689001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Causalidad en el Sur*

Niklas Luhmann

LAS PLANEACIONES POLÍTICAS del desarrollo que utilizan mecanismos legales y monetarios han demostrado ser poco exitosas. Debido a esta experiencia de planificación, la resistencia al proceso modernizador ha sido explicada a partir de factores como la “tradicición”, la “cultura” y las “mentalidades”. Pero tales explicaciones siguen teniendo un cariz tautológico. Lo que se sugiere es sustituirlas por un factor que podríamos llamar “construcción social” de la causalidad.

Tras décadas de investigación sobre la atribución causal, no puede seguirse afirmando que las relaciones entre causas y efectos sean contextos objetivos del mundo, sobre los cuales sólo sería posible hacer juicios verdaderos o falsos. Se trata más bien de una combinación infinita (utilizable sólo de manera extremadamente selectiva) de posibles causas y efectos, cuando a un contexto de determinadas causas y efectos se le da un sentido tanto cognitivo como práctico. En otras palabras: la causalidad es un médium de posibilidades holgadamente acopladas, cuya utilización exige la formación de formas relacionales. Exige, por tanto, un acoplamiento firme de determinadas causas a determinados efectos. Las perspectivas de éxito de la acción —así como de la observación— dependerá de la forma en que se realice dicha selección. Se trata, pues, de construcciones sociales, que no se consideran como una especie de meta-causalidad, como una especie de causa primera del es-

* Este artículo fue traducido de su versión italiana publicada en el libro *Ridescrivere la questione meridionale*, Lecce, Pensa, 1998, de Giancarlo Corsi y Raffaele Di Giorgi. El texto fue publicado por primera vez en la revista *Soziale Systeme. Zeitschrift für soziologische Theorie*, 1, 1995, pp. 7-28, a la cual agradecemos el concedernos el permiso de publicar este artículo traducido al español. El traductor agradece los comentarios a la traducción del doctor Javier Torres Nafarrate de la Universidad Iberoamericana de México y de Tristano Volpato, alumno de la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede México.

quema causal mismo. Por el contrario, la construcción de la forma sirve como punto ciego, lo cual hace posible ver y utilizar la causalidad.

Si una sociedad está acostumbrada a localizar la causalidad en una red personalizada y a ver los éxitos y los fracasos en la utilización de esta forma específica de causalidad, será muy difícil cambiar algo en el marco de dicha restricción —mientras no estén disponibles formas causales de la misma magnitud que sirvan de reemplazo—. Más dinero y más legislación servirán tan sólo para comprobar y confirmar la eficacia de los contactos de la red.

I

Intentar investigar sobre las estructuras particulares y los problemas de la Italia meridional se ha pensado muchas veces. Cuando menos se han realizado bastantes proyectos y muchos han sido financiados. Desde aquí intentaremos entender sus fundamentos teóricos.

Lo usual es partir por las diferencias en la “cultura” o en la “mentalidad” de la población del sur y no faltan verificaciones empíricas que nos demuestran su existencia. La cuestión que nos proponemos elucidar es si esto se puede afirmar y qué consecuencias se tienen una vez que tales diferencias se introducen en la literatura y la investigación mediante conceptos como “cultura” o bien “mentalidad”.

Ambos conceptos son apropiados para hacer visibles las diferencias; el concepto de cultura, en efecto, se construyó en la segunda mitad del siglo XVII para recoger bajo un concepto comprensivo todas las representaciones comparadas, tanto las de tipo regional, como las de tipo histórico. No se puede negar que esto haya tenido éxito en la ampliación del horizonte europeo hasta abarcar regiones lejanas y misteriosas. Pareciera que siempre ha habido una cultura, desde que existe el hombre, y pareciera también que habrá una cultura mientras haya hombres. Pero desde un punto de vista teórico este concepto no ha llevado a mucho; sobre todo, no se ha aclarado qué distingue a la cultura, si todos los elementos (incluidos los textos y las diversas representaciones de la “naturaleza”) deben ser entendidos como “cultura”. Tampoco es claro el concepto de mentalidad, que ignora o absolutamente sabotea la importante distinción entre procesos comunicativos y procesos intrapsíquicos, distinción que existe por lo menos desde el Romanticismo. Pero si un concepto no logra aclarar esto, lo cual es ese otro lado no indicado de su forma, no se puede esperar llegar a contribuciones científicas. Tal puede haber sido el motivo que ha llevado a distinguir la ciencia “dura” de la ciencia “blanda” (o bien: las “ciencias” de las “humanidades”); al mismo

tiempo, esto podría ser uno de los motivos por los cuales el hecho de haber encontrado en la cultura y en la mentalidad del sur diferencias con respecto a los centros de la sociedad moderna no ha conducido a algún resultado, aunque sí ha hecho correr mucha tinta. Y esto tanto en el plano científico como en el político.

II

El trabajo intenso y de largo aliento que ha utilizado el concepto de cultura y las comparaciones que se pensaba existían entre diversas mentalidades, pudo tener que ver con una determinada particularidad proveniente de la semántica europea moderna. Nos concentramos sobre dos aproximaciones: una idea prevalentemente técnica de racionalidad y una idea prevalentemente liberal o socialista de la libertad. El nacimiento de las ciencias del espíritu parece haber sido consecuencia (o también compensación) de que, al restringir de este modo la semántica de la racionalidad y de la libertad, no se podían abordar importantes problemas de la sociedad moderna y se debían, por así decirlo, tratar como problemas residuales. Al desencanto racional del mundo (Max Weber) correspondía, en un modo que además era también muy convincente, una internalización de la idea de libertad y la continua denuncia de la enajenación (por medio de la protesta) en el uso de la libertad innata. Pero por más que esta contraposición fuese convincente, hoy parece obstaculizar más, en lugar de favorecer, una descripción adecuada de la sociedad moderna. Se trata de un despojo de la sociedad burguesa (técnico-racional, progresista, liberal o socialista).

En cuanto a las ideas relativas a la racionalidad técnica resurge una radical simplificación del esquema aristotélico de las cuatro causas. Para Aristóteles las causas eran todas condiciones a las cuales el ser debía su propio ser: junto a las causas eficientes, estaban el fin perseguido, la materia que debe ser determinada y la forma. De todo esto, porque involucra la causalidad, permanece solamente una, la considerada causalidad mecánica;¹ de aquí se

¹ Mantener el viejo concepto de "mecánico" es muy engañoso y ha llevado a numerosos malentendidos, y no es el menor de ellos la contraposición completamente privada de sentido entre causalidad y libertad en Kant. El concepto tenía la función de indicar, al interior del esquema aristotélico, una de las causas y diferencias de lo otro. Si el concepto pierde esta función, puede buscar otro contraconcepto, como en las formas mecánico/orgánico o causalidad/libertad. ¿Pero por qué tendría que ser conservado, si luego nos pone en tal dificultad? Entre otras cosas el concepto de mecánico, en la transformación de la concepción de causalidad en el siglo XVII, ha perdido una característica relevante que hoy podría adquirir otra vez relevancia, esto es: la

consigue la marcada expansión del ámbito de aplicación de esta causalidad: ésta, por así decirlo, no fue sostenida para coordinarse con otra causalidad en el cosmos bien ordenado y no fue amenazada y limitada desde sus interferencias. Debíó en cambio buscar otras limitaciones: por ejemplo, aquellas de las matemáticas (que implica la renuncia a la irreversibilidad temporal); o bien limitaciones en la forma causal de leyes de la experimentación empírica; o bien, en definitiva, en la forma de probabilidades estadísticas que llegan a ser importantes cuando, deseando obtener ciertos efectos, son activadas determinadas causas. Al mismo tiempo los propósitos vienen desteleologizados, esto es, ya no vienen tratados como componentes de la causalidad misma, sino sólo como representaciones que motivan las activaciones del actuar humano para obtener efectos. La consecuencia es que los propósitos deberán tener un valor y mediante el valor deberán someterse al control social, o bien, como se dirá en el siglo XIX y en el siglo XX, pueden llegar a ser instituciones.

Ahora bien, con todas las críticas de las consecuencias de la moderna racionalidad causal de tipo técnico, como se pueden encontrar en Max Weber o en el posterior Husserl, pareciera que la institucionalización de la racionalidad implica mantener intacta su validez, si no en referencia a la vida privada, ciertamente sí a las demandas que se ciernen sobre las organizaciones.² Las expectativas difícilmente logran desvincularse de la hipótesis de una causalidad lineal del tipo causa/efecto. Del otro lado, ¿cómo se debiera representar el actuar propio o el actuar de otro, si no se pudiera esperar que tal actuar habitual obtuviera los efectos que se proponen? No se puede pensar en atacar frontalmente esta representación, pero aún menos la ciencia puede permitirse tanta implausibilidad. No obstante, nos debemos preguntar si la causalidad ha sido comprendida de modo correcto cuando mediante su concepto se la reduce a una combinación fija y técnicamente disponible entre causas y efectos.

Paralelamente a la determinación de la causalidad técnico-racional, la teoría liberal del siglo XVII hasta fines del XX era parte de la distinción entre libertad y constricción. La concesión de una libertad de elección natural, vale decir innata, había sido siempre una exigencia de la ética (y esto inde-

posibilidad de introducir con una cierta astucia el propio fin y medio (*mechané, machinatio*) en un discurso cosmológicamente dado. En este sentido, lo mecánico suscitó sospechas de tipo religioso, mientras que hoy solamente inquieta a las ciencias humanas.

² Así en cada caso se parecen a los investigadores de los centros de la sociedad "occidental". Véase Ingersoll y Adams (1986). Para muchas regiones, entre las cuales está el sur italiano, esta suposición deberá ser delimitada: en aquellos lugares todo opera más como retórica y como contraste con respecto a una realidad percibida de manera diversa.

pendientemente de la cuestión de la libertad política, que había sido referida sólo a la ciudad y a los dominios territoriales). También cuando, después de las guerras religiosas, las limitaciones de la libertad de tipo normativo-religioso, iusnaturalista y ético generaban siempre más controversias, la libertad del individuo continuó fungiendo como premisa común de cada aspiración y de cada regulación normativa. El individualismo moderno era idóneo para desconstruir las antiguas divisiones sociales, sobre todo las de las naciones, de la estratificación, de la reagrupación patrón-cliente, de las iglesias y las sectas; había entonces una nueva función, un derecho a existir en condiciones sociales del todo diversas. Por un lado, la libertad fue distinguida de la constrictión; por el otro, sin embargo, se le concibió como limitada en sí: como exclusión de la arbitrariedad (*licentia*), si no es que en dependencia de su uso racional.

Si se define en contraposición a la constrictión, la libertad individual acaba por contraponerse de manera insoluble también al orden social, que de todas maneras siempre debe fijar los límites. Rousseau (1964 [1762]:391) quiere notoriamente evitar este conflicto eliminando toda dependencia particular en la sociedad, “parce que toute dépendance particuliere est autant de force ôtée au corps de l’Etat”. Pero tal conflicto debía reaparecer de manera mucho más dramática en la relación entre individuo y Estado. Para esto, en la vertiente del individuo se debió recurrir a la suposición de una razón y si en aquel Estado se aplicaban medidas de tipo constitucional. La etiqueta bajo la cual Rousseau recogió ambas vertientes es aquella de la voluntad general.

Esta constelación sobrevive al debilitamiento progresivo de la suposición de una razón para el desarrollo de la distinción empírico/trascendental. Ésta no ha logrado imponerse como republicanismo radical, como desactivación de toda instancia intermedia de la limitación de la libertad, ni del individualismo ni del Estado; todavía sobrevive a la controversia político-ideológica entre liberalismo y socialismo, puesto que en tales controversias se discutía solamente el tipo de constrictión que, dadas las condiciones modernas, limitara la libertad: derecho del Estado o también de la organización empresarial capitalista. Se encuentra de nuevo, continuamente reanudada, en los programas de los partidos políticos de los Estados democráticos y en su retórica electoral, y la libertad es siempre el lado positivo de esta distinción, mientras la constrictión aquello negativo. En relación con el continuo subsistir de esta relevancia se podría hablar de individualismo codificado semánticamente.

En la cultura oficial estos esquematismos de la técnica racional y de la libertad fundada sobre el individuo dominan hoy como entonces. Hay una contracultura romántica, que en números se aproxima a la crítica de la socie-

dad moderna, pero tales aspiraciones viven del hecho de que aquello contra lo cual se lanzan continúa estando en el primer lugar. Sin embargo, hay claros signos de que estos dos esquematismos, acordados el uno con el otro, continúan existiendo sólo como funciones culturales, puesto que en la investigación sociológica han sido disueltos en el tiempo por el microscopio de las indagaciones empíricas.

En lo que toca a las ideas relativas a la causalidad, esto es verdad sobre todo gracias a la mencionada investigación sobre las atribuciones. De la pregunta de cómo la causalidad puede ser observada,³ el interés claramente se enfoca sobre el proceso de las atribuciones. La cuestión ya no es qué causa tiene tal o cual efecto, sino cómo se construye la atribución del efecto a la causa y de la causa al efecto. Y, sobre todo, la pregunta es: ¿quién determina aquello que no habrá de considerarse en términos de causalidad? Y cada vez que se trasmuta la investigación de las preguntas por el qué a las preguntas por el cómo se pone atención en las estructuras que contribuyen a que determinadas conexiones sean observadas y otras conexiones igualmente posibles no lo sean. La investigación, para usar un concepto de la cibernética y de la teoría de los sistemas, asume la perspectiva de un observador de segundo orden, es decir, observa cómo observan los observadores que hacen afirmaciones causales.⁴

La idea de una libertad ya dada en el individuo, por lo tanto limitada sólo mediante la razón y la constrictión, ha tenido un destino del todo diferente: en cuanto distinción se ha disuelto. ¿Cómo se puede distinguir —éste es el punto— si alguien actúa de acuerdo con la libertad o la constrictión? Este problema estaba ya presente en la teoría kantiana: ¿cómo es posible decidir si alguien actúa de modo moralmente libre, si al mismo tiempo podría estar actuando porque sabe que jurídicamente está obligado a hacerlo y lo sabemos? O bien, mediante una pregunta más antigua: ¿cómo se puede actuar refiriéndose solamente a la virtud, cuando se sabe que la virtud viene gratificada con el reconocimiento social? O también, en los términos de hoy: ¿aquel que está dominado por el súper ego, actúa o no libremente? También aquí esta ambigüedad nos remite a un problema de la observación de segundo orden: ¿quiénes traspasan en tales casos las fronteras entre libertad y constrictión? ¿Quién construye la distinción? ¿Por qué ésta y no otra? ¿Quién es el observador que observa cómo otro se inventa su propia libertad y su pro-

³ *Cfr.* Heider (1944); Michotte (1954). El alto nivel de especialización de esta investigación parece haber impedido que se perfilaran notables consecuencias para una teoría de la observación y para el constructivismo epistemológico.

⁴ Consideraciones y complicados presupuestos matemáticos y lógicos de una teoría de la observación de segundo orden por ahora solamente los podemos remitir a la literatura especializada. Véase, sobre todo, von Foerster (1981); por otra parte, también Esposito (1992).

pia constricción, cómo construye sus atribuciones, al exterior o al interior? ¿Sobre la base de cuáles características y en qué situaciones construye sus atribuciones?

La investigación social empírica, y para más precisión, más la psicología social que la sociología, ha pulverizado la premisa relativamente simple, y por ello menos eficaz, de la causalidad técnico-racional y de la libertad individual. Pero ésta no ha encontrado un sustituto igualmente eficaz: la ha disuelto, pero no lo ha reconstruido. Por esto la causalidad técnico-racional y la libertad individual aumentan sus pretensiones, especialmente con relación a la política. La técnica debe reorientarse a la protección del ambiente, y a la evitación de riesgos, lo cual presupone que se conocen los efectos y se los puede controlar. Los individuos quieren ser “emancipados” (o al menos se presume que tienen tal ambición) y finalmente todos los tratamientos correctivos de los daños producto de la civilización —como la terapia, el trabajo social, la ayuda para el desarrollo, etc.— descansan en tales presupuestos. Se puede observar una discrepancia entre el saber disponible y las formulaciones retóricas, y se puede observar una discrepancia también entre aquello que se puede saber y aquel lenguaje con el cual se puede obtener financiamiento. Pero estas son claramente situaciones de transición, que esperan mejores ofertas de la teoría.

III

Sobre la base de la crítica de la representación común de la causalidad y de la libertad, no debiera ser difícil reformular las directrices de la observación inherente a este concepto. Intentamos por lo tanto aproximarnos a ser capaces de dirigir investigaciones comparativas de tipo histórico y regional y que en su complejidad teórica sea superior al concepto de “cultura” y “mentalidad”. Esto presupone que una revisión conceptual no se limite a adaptar mejor la representación de la causalidad y de la libertad de un saber ya disponible: tal revisión debe al mismo tiempo ofrecer un mejor punto de partida para la investigación comparativa. Es esta investigación, de hecho, la que nos permite partir de la consideración de que la causalidad no es simplemente una construcción de sí misma, ni considerar sólo segundos esquemas como verdad/no verdad o función/no función, y que la libertad no es sólo un postulado normativo en el sentido que sería bueno tener más (“emancipación”, como suele decirse): el asunto es que en ambos casos se trata de construcciones que se usan en condiciones regionales e históricas particulares y por lo tanto deben ser aproximadas y que, en caso de resultar cierto, es difícil de

someter a revisión. Es demasiado difícil ver con una mirada fresca algo que se ha consolidado en su validación, si no se pueden ofrecer posibilidades que sean al mismo tiempo mejores y mucho más concretas.

Para un observador que plantea la cuestión de la conexión causal, el problema de la atribución es relevante sólo cuando el concepto de causalidad no se vincula todavía a una determinada conexión entre causa y efecto. Tanto del lado de la causa, como del lado del efecto, la causalidad lleva a horizontes infinitos, y esto no sólo en sucesiones lineales (aquello temporal): al mismo tiempo lleva a un sinnúmero de contracausas y efectos colaterales, que pueden ser indicados. A esto se agrega el hecho que no estamos habituados a tener en cuenta también la causalidad negativa, por ejemplo, la de las omisiones, la falta de electricidad (y naturalmente casos de muerte consecuente); y que atribuimos causalidad también a la estructura, por ejemplo a la estructura de clases de la sociedad moderna o la de los circuitos de *feedback* de la cibernética. Múltiples causas, múltiples incidentes o desgracias tienen consecuencias considerables (¡así construimos nuestras atribuciones!) porque no se han tenido en cuenta.

Esta simple reflexión nos fuerza a insertar en el esquema causal una distinción que se pone en sentido transversal con respecto a la distinción entre causa y efecto. La causalidad es por un lado un *medio* de la observación y por el otro una *forma*.⁵ La causalidad funciona como medio cuando se parte de factores causales que son dados en medida fuerte pero acoplados de una manera holgada y que son eficaces sólo en condiciones particulares, únicamente de vez en cuando. Formas causales, en cambio, resultan en el caso de acoplamientos estrechos o de acoplamientos que normalmente pueden ser objeto de expectativas; por ejemplo, se sabe que cuando se deja caer un huevo se rompe y no flota en el aire (al contrario de lo que pasaría en el espacio exterior). En cuanto medio, la causalidad es la simple posibilidad de una atribución de efectos y causas; en cuanto forma, es atribución exitosa, que depende de las situaciones pero también de la habilidad de elección del observador. En otras palabras: la causalidad se puede aceptar como esquema de una posible descripción del mundo sin estar de acuerdo con la específica atribución operada por un determinado observador en determinadas situaciones.

Medio y forma no son dos modalidades de existencia separadas ontológicamente. Se trata más bien de un esquematismo de la observación constituido

⁵ Esta distinción proviene originariamente de la teoría de la percepción de Heider (1926). Para los alcances de la psicología de la percepción es suficiente hablar de cosas en lugar de formas; nosotros aconsejamos el concepto más general de forma que hace evidentemente que se trate de distinciones. Véase Luhmann (1990:53 y ss y 181 y ss) y Luhmann y De Giorgi (1992:61 y ss).

como unidad, cuyos componentes se condicionan recíprocamente y circunstancialmente. En este sentido, también el lenguaje es un medio cuyo elemento (la palabra) puede ser reproducido solamente si puede ser combinado de caso en caso, en frases y de manera tal que se funda en un sentido comprensible y comunicable. También la causalidad *es* causalidad solamente en la medida en que este específico medio se condensa en forma, en observaciones y descripciones del tipo “A causa B”. Esta forma implica que otros recursos causales sean excluidos, como por ejemplo “no A causa B”. Pero esta exclusión se refiere sólo a la causalidad realizada concretamente y no puede dejar de admitir que, al mismo tiempo y en cantidad enorme, se comprenden o realizan otros recursos causales.

El medio, dicho de otro modo, aparece sólo en la forma que de vez en cuando viene comprendida o realizada. En cuanto tal queda invisible. Queda reproducida sólo por el hecho de que continuamente se producen formas. Si esto no ocurriera (por cualquier motivo), no habría alguna causalidad. Además, esta distinción medio/forma implica que el medio queda invariante, mientras las formas quedan o se reproducen de modo variable: en cada momento aparecen otras. Las generaciones de formas ocurren de modo estrechamente ligado a un tiempo puntual y, sólo por esto es interesante interrogarse sobre la posibilidad de repeticiones casi idénticas entre ellos, en el sentido de “dejar caer un huevo, dejar caer otro”. Cada operación que elabora información, sean actos de la conciencia o de comunicación, que también consiste en eventos, busca y encuentra redundancia, es decir, pospone aquello que se presenta a aquello que se presentará. Si pensamos por ejemplo en las predicciones del clima, una práctica alguna vez libre, hoy se vuelve profesional gracias al satélite y la televisión. Sólo mediante suficientes redundancias se es capaz de garantizar la reproducción secuencial del sistema. Sólo por el hecho de que todas las observaciones, siendo vinculadas a la puntualidad del tiempo, transforman en problema la reiterabilidad, con mayor fuerza, según la experiencia, la hace ser sólo una excepción —sólo por esto hay un problema de la memoria y del aprendizaje. Se puede partir del hecho de que la función principal de la memoria está en el olvidar, en el dejar libre la capacidad de atención y de comunicación, y que sin embargo simplemente por ello, aquello que aparece repetidamente llega recordado e identificado a la memoria de las diversas situaciones. Siguiendo un concepto de Heinz von Foerster (véase Foerster, 1948) se puede decir que la memoria depende de ser continuamente “reempapada” para bloquear la función saludable del olvidar. En la realidad esperada de modo difuso y rápidamente olvidada, las formas causales ofrecen un particular estímulo para el recuerdo y el aprendizaje, y esto porque se trata de formas relacionales y por eso inusuales. Con esto se espera la repeti-

bilidad y la ocasión que se pone a prueba. De alguien que haya ayudado en una situación difícil y que así ha mostrado que dispone de competencias y poder, puede esperarse que pueda usarlas de nuevo en situaciones similares.

La forma, que viene fijada en el esquema causal, para explicar o planificar alguna cosa, fija por consiguiente al mismo tiempo las distinciones en las confrontaciones de aquello que es capaz de ser desechado, perdido y olvidado. El esquema causal es una estructura que conserva distinciones (Heylighen, 1989); simplemente cuando necesita correcciones, se requiere poder recurrir a aquello que se ha probado como válido y aquello que no se ha probado como válido.

Exactamente por esta razón no es para nada evidente por sí mismo que los hombres o los sistemas sociales dispongan de la capacidad de aprender en el esquema causal y de comunicar aquello que han aprendido. Esto, que no carece en absoluto de importancia, es también una cuestión de lenguaje apropiado. Y aun cuando esta capacidad puede ser dada por descontada, y esto se puede presuponer mundialmente bajo las condiciones actuales, queda siempre abierta la cuestión de qué es justamente lo que habrá de aprenderse. En otras palabras, cómo se identifican las formas de causalidad; cómo pueden identificarse a pesar de diferencias conspicuas; qué papel tienen en ello las personas en el sentido de que las suposiciones causales (el poder, por ejemplo) que valen para unos, no cuentan en cambio para otros; y, por último, qué diferencias se producen y reproducen dichas diferencias del aprendizaje cultural. La función primaria de la construcción causal debería ser llamar la atención sobre las diferencias, y conservarlas. La manera en que esto acontece concretamente es lo que dirige el proceso de aprendizaje (por ejemplo, si se fija en personas o herramientas, en propiedades químicas o en derechos que pueden ser impuestos).

IV

La crítica operada por las ciencias sociales nos ayuda también a comprender la libertad. Una vez que la distinción entre libertad y constricción se colapsa, y la libertad ya no puede ser definida negativamente como ausencia de constricción, se hace necesario proponer otra idea, o bien abandonar este concepto tan amado. La cuestión es entonces: ¿con base en qué alguien reconoce ser libre, si no es por el hecho de ser forzado?

Esta pregunta desplaza nuestro problema a otra cuestión relativa al presupuesto cognitivo de la libertad: la libertad surge solamente cuando se pueden reconocer las posibilidades de elección. La libertad, digámoslo así, viene

generada por el saber y esto significa que puede ser manipulada mediante el saber. Estas condiciones cognitivas de la libertad de elección no adoptan la forma de reglas aplicables. Por esto, no son fácilmente reconocibles en su forma fundamentada en la libertad. Sólo producen un ámbito de opciones posibles, que sólo con posterioridad puede ser delimitado mediante reglas y construcción de preferencias. Esto significa también que, contrariamente a la hipótesis metodológica de muchas investigaciones de corte “cultural-comparativo”, no es posible trazar conclusiones directas respecto del comportamiento partiendo de la cultura.⁶

Si se acepta este punto de partida, muchos problemas se hacen visibles sin que sea reconocible un orden. Sobre todo se deberá abandonar la idea de que la libertad se correlaciona con el poder o el estatus social. Esto puede ser el caso cuando posiciones sociales de relieve ofrecen más posibilidad de procurarse información; pero luego es nuevamente la cognición la verdadera fuente de la libertad, y el status una de las numerosas condiciones. ¿Quién tiene mayor libertad, el cirujano que sabe cuál espacio decisional le está disponible para operar o abstenerse de hacerlo, o bien la persona sin casa que sabe dónde se puede pernoctar según el clima que haga (en una banca del parque, en el metro, bajo el puente, en las entradas de las casas ajenas) y que sabe dónde se depositan las mercancías alimenticias desechadas del supermercado? En cada caso, el sin casa en la mesa de operaciones sería completamente inútil como el cirujano en la banca del parque cuando está por llover. La cotidianeidad ofrece una cantidad de comparaciones: la luz se va y se pone oscuro: aquí la ventaja es de los fumadores, porque saben dónde están los cerillos. Sólo cuando el joven sabe dónde se reúnen sus pares será capaz de decidir si ir o no. La libertad es “la maña que se da el prisionero, con la cual busca los medios de su liberación” (Nietzsche, 1988 [1878]:56). Y un político, también de nivel elevado, debe poder saber cómo la prensa reaccionará a su comportamiento cuando quiera decidir qué cosas hacer públicamente y qué cosas hacer en secreto o no hacer nada.

En esta perspectiva, un improvisado cambio de ambiente significa ante todo perder la libertad con posibilidad incierta de recuperarla. Esto explica, por ejemplo, la resistencia de los habitantes del Este de Londres a mudarse a las pulcras New Towns, ubicadas en la periferia más amplia de la metrópoli.⁷

⁶ También Crozier y Friedberg (1977) acentúan el hecho de que la cultura siempre se utiliza para reconstituir libertades, incertidumbres y hasta poder, y ven en esto una condición de la continuación del “juego”.

⁷ Me refiero a la discusión local en los años cincuenta, cuando en Alemania se emprendieron planificaciones similares (Sennenstadt, Espelkamp).

A esta reflexión pueden ser agregadas otras. La libertad viene simbolizada en la sociedad, entre otras cosas, por expresar prestigio y status social; pero esto puede inducir a juicios equivocados: ¿es realmente tan grande, como se supone, la libertad del editor de una publicación prestigiosa, cuando se trata del dilema de informar, de decidir lo que va en primera página o lo que va escondido como noticia inevitable (Rühl, 1979 [1969])? ¿O bien aquí hay mucho saber profesional y ambiental que limita fuertemente el aparente espacio decisional, pero que de hecho lo constituye sólo al limitarlo?

La ventaja quizá más importante de la suposición según la cual la libertad se produce mediante la cognición, yace en el tránsito hacia el análisis microscópico. Tanto las secuencias de la vivencia consciente como de la comunicación se hallan determinadas por episodios relativamente breves. (¿Qué grados de libertad tiene una persona bien educada cuando debe mostrar un saludo o aceptar una pérdida?). Las ocasiones para ver alternativas aparecen y desaparecen en todo momento, pueden ser reconocidas o bien perdidas y reconocidas sólo retrospectivamente cuando es demasiado tarde. Dado que la vida, la conciencia y la comunicación llegan reproducidas mediante sistemas estabilizados en modo dinámico, es necesario tener en cuenta un continuo pasaje de episodio a episodio. Sólo si se nota este punto y se pone en la base de un análisis teórico, se puede preguntar cuáles factores estructurales sintetizan episodios y llevan a menudo a descubrir libertades o falta de libertades. Entonces se puede llamar a alguna cosa “buena” educación (es decir, educación apropiada a la sociedad), y en este acercamiento también se puede tener en cuenta condiciones que se confrontan continuamente con la restricción. La concepción clásica de la libertad como ausencia de restricción no viene sistemáticamente excluida, como si empíricamente no pudiera nunca presentarse; pero más bien se le trata como caso límite en el cual muchos o casi todos los episodios son determinados para una y la misma fuente de restricción, como pasa por ejemplo en el caso del secuestro o rapto.

La función del saber como función constitutiva de la libertad es independiente de la discusión entre la teoría de la conciencia (realista, idealista, pragmática, constructivista) y de la ciencia misma. Un científico debe naturalmente entender alguna cosa de la disciplina y de la posibilidad de financiamiento si quiere decidir libremente con respecto a sus investigaciones. Pero esta libertad subsiste también en el caso que las suposiciones surgidas más tarde se mostraran equivocadas: y es naturalmente también independiente del hecho de que sus investigaciones verifiquen o falsifiquen hipótesis o de que, como pasa a menudo, deba ser dejado a investigaciones posteriores. La libertad es una construcción social, es construida socialmente, y el saber es la forma con la

cual se introducen limitaciones para permitir decisiones. Las expectativas cognitivas se distinguen fundamentalmente de aquellas normativas entre otras cosas por esta función, ya que la formulación de normas genera la libertad de violar las normas. El paraíso era un lugar para efectuar justamente un experimento de este tipo, y el mundo debe al valor de una mujer la consecuencia de la violación de la norma: capacidad de obrar distinción y libertad. La conciencia de la prohibición es suficiente.⁸

También si la libertad puede surgir en todas partes como correlato del saber y también si la estratificación social no es un indicador seguro para la distribución de libertad en la sociedad, se hace necesario entonces tomar en consideración otros factores que operan creando diferencia. Desde cierto punto de vista se trata todavía de un problema de atribución: ¿cuáles son las condiciones para que la libertad quede vista y atribuida a la persona que decide? O bien, todavía más claramente: ¿de qué cosa depende el hecho de que aquél que hace uso de su propia libertad se considere a sí mismo como causa? La libertad es un concepto que prohíbe las preguntas acerca de causas ulteriores. Sabemos que tal atribución a una persona mediante autoatribución o como heteroatribución se produce de modo contingente y puede suceder también de manera diversa, es decir, que depende de condiciones ulteriores. Tales condiciones ulteriores pueden ser de tipo psíquico, pero se encuentran también en el sistema de la comunicación social: por ejemplo, en el primer caso, como cuando la persona se ve impelida a hacer explícita su autoatribución; o en el segundo, cuando la persona debe hacer como si no existiese alguna decisión de su parte o ésta fuera ocasionada por alguien más (esto es típico, por ejemplo, en las explicaciones que se pretenden dar para justificar el comportamiento criminal u otras formas evidentes de desviaciones).⁹

Otra variable es: en qué medida la libertad consiste sólo en la elección de situaciones límites. En palabras más bien pobres esto significa: escoger entre acción y omisión. Esto lleva más de una vez a una elección entre diversas posibilidades de acción, considerando que la elección de la necesidad requiere, por motivos temporales y económicos, la omisión de las otras. Tampoco son raros los casos en que no es posible decidir tomar una determinada posibilidad (por ejemplo, a causa del riesgo a que se quedaría expuesto); sin embargo, si llegara a saberse algo más, se podría hacer. El problema

⁸ Sobre el tema de cómo obtener libertad mediante equipamiento cognitivo para el comportamiento desviante, véase el estudio del caso específico de la escuela británica de Willis (1979).

⁹ ¿Qué significa en este contexto el que en la detención de gente joven a raíz de acciones racistas se cite como razón la xenofobia, que provee una respuesta "orgullosa", tendencial y claramente referida al ego?

entonces no está en la economía de los recursos, puesto que surgen ofertas de modelos de decisiones racionales;¹⁰ el problema está en los problemas de la indecisión, de la aversión al riesgo, de la rigidez de la preferencia, es decir, en problemas del sistema que en una sociedad dinámica tienen una valoración bastante negativa.

En el formato macro y trágico, sólo se puede escoger entre inclusión y exclusión. Si no se “colabora” (y nótese bien: de propia voluntad espontánea) viene la exclusión de determinadas redes, incluso de la vida social. Tales situaciones decisionales vienen a menudo representadas como “morales” para justificar la exclusión.

Tanto la omisión (sin alternativa sensata) como la exclusión son opciones (nótese bien: ¡opciones!) que nos conducen a un espacio no especificado.¹¹ Se renuncia así a puntos de referencia para el comportamiento ulterior. Se pierde la libertad y esto justamente porque no se encuentran puntos de referencia cognitivos que puedan constituir un espacio para la libertad elegida. En una sociedad que dispone de tales situaciones límites, éstas son sanciones fuertes, mucho más fuertes que todo aquello que puede ser obtenido mediante la moral y mediante regulaciones normativas similares; dado que las normas ofrecen siempre al menos la posibilidad de la desviación, son directamente presupuestos cognitivos para decidir desviarse.¹² Cuando menos en las sociedades más antiguas, las morales luchaban con la imposibilidad de sobrepasar los límites del *unmarked space*.

V

Para la investigación a escala regional, los cambios teóricos impuestos a los conceptos de causalidad y de libertad ofrecen sólo puntos de referencia muy abstractos. Esto vale también cuando se considera que la causalidad tiene alguna cosa que ver con una concepción técnica de racionalidad y que la libertad tiene alguna cosa que ver con la condición cognitiva de la constitución del sentido.

¹⁰ Cualquier limitación de esto concierne a la subjetividad de las preferencias, la seguridad de las expectativas, el costo de la información, etcétera.

¹¹ Un “unmarked space” [espacio no marcado: nota del traductor], en el sentido del cálculo de la forma según Spencer-Brown (1979 [1969]).

¹² Los “héroes”, en la sociedad más antigua, pero también en la política y en el mundo de las grandes organizaciones de la modernidad, se reconocen en las violaciones del tabú. De Gaulle terminó como general en la guerra de Argelia que no podía ser ganada; piénsese en los genios del arte y la ciencia, que se atreven a hacer lo que antes era inaceptable.

Ante todo es el caso de liberarse de prejuicios conceptuales que reflejan una situación histórica y social en absoluto diversa, es decir, la situación de algunos países europeos (sobre todo Inglaterra) en el siglo XVII y XVIII. Naturalmente, en lo que concierne a la ciencia, se pueden citar muchos otros países y autores: además de Bacon (que sin embargo se vuelve un autor de moda sólo en el curso del siglo XVII), Locke, Newton, también Galileo y Descartes. Pero es decisiva la colocación histórica en el siglo XVII y XVIII, es decir, en una sociedad que comenzó a disolver el antiguo orden prácticamente en todos los ámbitos de funciones, y que por el contrario, prefería un concepto de causalidad técnico-racional para encontrar nuevas seguridades y un concepto de libertad natural-individual para poder renunciar a las viejas divisiones sociales. Pero al mismo tiempo era una sociedad que podía conformarse con un concepto de futuro “abierto”, completamente indeterminado en su contenido, y ocuparlo con la semántica del “progreso”. Pero, ¿por qué nosotros, en una situación del todo diferente, deberíamos vincularnos a construcciones conceptuales que entonces y sólo entonces podían resultar convincentes?

La situación de la sociedad moderna a fines del siglo XX es otra con respecto a una época que se podría calificar de “modernidad transitoria”. No es para nada una situación “postmoderna”: el discurso sobre los reportes “postmodernos” parecen servir solamente para evitar un concepto de sociedad moderna afirmando que es ya pasada. En efecto, sólo hoy tenemos la posibilidad de describir adecuadamente la sociedad moderna, ya que sólo hoy, y precisamente en una dimensión mundial, se muestra como un hecho que puede ser observado y descrito.

En las comparaciones regionales surgen medios que ponen en evidencia las diferencias extremas en la realización de la posibilidad de transferir los sistemas de funciones; en primer lugar, diferencias de desarrollo económico, de formación escolar-universitaria, pero también relativas al estado de derecho y la democratización del sistema político mediante los partidos políticos y una cultura de la oposición. No intentamos cuestionar ni disminuir la importancia de tales situaciones. Pero no contienen algo específicamente moderno: han existido siempre. Sólo la moderna sociedad del mundo confiere un valor particular a estas situaciones y las hace dignas de atención. En efecto, ahora uno se confronta con ella en un sistema societario más abarcador y, cuando las diferencias de las realizaciones se hacen visibles, esto vuelve inaceptables estas situaciones de diferencia en el desarrollo. Pero, ¿qué puede suceder, si uno echa mano sólo de conceptos propios de una causalidad técnico-racional y, por ejemplo, es de la opinión que sólo se requiere poner dinero disponible para favorecer el desarrollo? Ante experiencias decepcionantes se responde hoy en día con la teoría del “capital social” (tradiciones, actitu-

des, prestigio, notabilidad), el cual habría de agregarse para poder implementar con éxito las innovaciones deseadas. Pero ésta es una condición adicional casi tautológica para la cual hay indicadores empíricos muy limitados, locales y dependientes del proyecto.

Por lo demás, en la descripción de las regiones subdesarrolladas se parte desde los acontecimientos dados. Pero, mientras tanto, hay razones suficientes para pensar que justamente la diferenciación funcional de la sociedad moderna produce tales acontecimientos. Los sistemas de funciones de la sociedad del mundo fortalecen típicamente las desigualdades existentes porque para ellos es racional aprovechar las diferencias: sólo quien parece ser solvente obtiene crédito. Por otra parte, el trabajo emigra hacia países con salarios bajos, pero esto solamente si el sistema del derecho funciona gracias a las garantías estatales. El sistema de la política mundial aprecia interlocutores y direcciones locales en toda la región; pero la forma del Estado central soberano se adapta malamente a regiones tribales o bien no homogéneas desde el punto de vista étnico y religioso. En lo que concierne a los problemas actuales, como aquellos del hambre, de la corrupción política y hasta el surgimiento de nuevos cultos religiosos, no se trata absolutamente de restos de un orden pasado que debería ser sometido a la modernización, sino del correlato directo de la misma modernidad: la sociedad del mundo moderna parece ocuparse siempre más de problemas que ella misma ha generado. También esto lleva a dudar de la opinión según la cual, por haber sucedido, se debe recurrir mayormente a los usuales medios del crédito, de la educación o de la innovación procesal en la producción y en la administración.

La investigación sobre la modernización, que había ocupado a la sociología después la Segunda Guerra mundial y había conseguido notables éxitos, partió del hecho de que la “modernidad” en cada uno de los ámbitos de función habría escogido funciones de reciprocidad de apoyo; que la producción avanzada en sentido técnico-industrial, la economía de mercado, la investigación científica orientada sólo a las apropiadas perspectivas del éxito, la educación de la totalidad poblacional organizada escolarizadamente, la democracia política como la función compensatoria del Estado social, y finalmente las mejoradas perspectivas de vida de las personas en lo individual, habrían sido integradas en el proyecto de la modernidad y que el desarrollo complejo habría podido ser dejado a una mezcla favorable de evolución y de política. En todo esto hoy no se cree más. Se manifiestan de manera demasiado clara efectos colaterales incontrolables de tipo ecológico y demográfico, en referencia a riesgos demasiados elevados, a inseguridad sobre el futuro y a una distribución de bienestar difícil de mantener también sólo aproximadamente; y con el tiempo se diluye también la posibilidad de expli-

car esto como particularidad regional, o sea como atraso en el desarrollo. En contraposición a cada teoría clásica, que igualmente se han ocupado de sistemas altamente diferenciados que dan lugar a sobrecargas recíprocas, sin que se pueda prever cómo afrontarlas en cada caso.

No se puede poner en duda que existan experiencias exitosas y que las haya habido: un pesimismo dogmático es, en cualquier caso, inoportuno. La cuestión es solamente si con la revisión aquí propuesta de las ideas discutidas, se alcanza una mejor comprensión de la causalidad (no en el sentido de un saber que garantiza éxito, sino en el de un saber que permite orientarse).

En la modalidad de observación que ha sido utilizada hasta ahora, el factor tiempo no ha sido tomado adecuadamente en consideración. Sí es naturalmente tomado el tiempo en conexión a proyectos, es decir, el tiempo que presumiblemente es necesario para arribar desde la causa al efecto; o bien como lapso de tiempo durante el cual es admisible no considerar cambios ambientales que resguarden el proyecto.¹³ Pero en la perspectiva de una historia de la sociedad la cuestión principal es: ¿cuánto tiempo resta para la modernización, cuán rápida debe ser?

Al inicio de la era moderna en Europa y todavía en el siglo XVII y el XVIII esta pregunta todavía no se formulaba. La modernización no era un proyecto. Seguramente eran capaces de observar innovaciones, incluso durante el curso de una vida, y el texto impreso contribuyó a valorizar nuevos conocimientos y a difundirlos rápidamente. Esto tuvo consecuencias, por ejemplo, para la autoridad de la edad y el prestigio de la experiencia (Thomas, 1988). Pero no había alguna urgencia en programar el cambio de la sociedad: tal presión temporal no existía porque no se tenía la posibilidad de comparación. Europa podía concebirse a sí misma como una sociedad dinámica, al menos desde mediados del siglo XVIII, pero el proceso de pasar a la innovación técnica, a la reforma jurídica, a la educación escolarizada, etc., debía obedecer precisamente a la lógica del progreso y, por cierto, a la de que el mundo podía finalmente ser colonizado. Sólo en el siglo XX la diferenciación entre centro (desarrollado) y periferia (atrasado) se vuelve un problema. Sólo ahora, a partir de la comparación entre centro y periferia de la modernidad, surge la expectativa y la pretensión de disolver rápidamente esta diferencia que no podía ser justificada en la idea de sociedad moderna, inclusive en modo generalizado. Y mientras Europa, en el horizonte de un futuro abierto, decididamente indeterminado, podía tomarse siglos de tiempo, podía de vez en vez evaluar progresos (por ejemplo la industrialización) y podía compen-

¹³ En la teoría de la planificación ésta es una condición importante la “near-decomposability”, esto es, una condición para aislar sin daños los proyectos.

efectos colaterales en otros sectores, por ejemplo en el Estado,¹⁴ en las condiciones actuales ya no hay reservas de tiempo disponibles: frente a la desigualdad efectivamente existente y a su continua reproducción mediante condiciones de las diferencias funcionales, sería simple cinismo ahora recetar a la región desventajada un tiempo de espera de dos o tres siglos.

Pero, ¿cuánto tiempo podemos dar? Y sobre todo: ¿qué efectos perversos surgen ya por el solo hecho de ser necesario hacerlo rápido?

VI

Algunas de las particularidades de las relaciones en el sur de Italia serían posibles de ser explicadas mediante este factor temporal, es decir, mediante la relativa rapidez con la cual la Italia meridional quedaría expuesta a confrontarse con el norte y con otras regiones de Europa “mejor” desarrolladas. El antiguo orden había construido la estructura de la sociedad sobre la unidad de la familia, la propiedad y la estratificación; frente a esto, la cuestión de cómo debieron ser reguladas y pasadas a la generación el reporte patrimonial de origen latifundista y mercantil, por ejemplo, mediante el matrimonio combinado, quedaba como una cuestión de segundo plano, como en cualquier parte de la vieja Europa. Decisiva era la unidad de familia y patrimonio (“antigua riqueza” en el sentido de la definición aristotélica de nobleza) como fundamento de la diferenciación social. Por lo demás, en la estratificación era insertada la relación patrón/cliente (también aquí, como en el resto de la vieja Europa), la cual absorbió también la función política, ya que existían administraciones locales reguladas desde centro, pero en la mayoría de los tribunales locales (a menudo del propietario de la tierra).

Este orden no ha sobrevivido la transformación en una sociedad diferenciada primariamente en sentido funcional. El cambio no preocupa precisamente más al estrato elevado, que debe orientarse a otras fuentes de prestigio y de ganancias y últimamente a la política ahora organizada a nivel del Estado nacional; desde la Segunda Guerra mundial también la economía doméstica campesina o granjera y artesanal se acabó como vértice de la “mo-

¹⁴ Vale la pena verificar la segunda hipótesis, según la cual Inglaterra, propiamente porque allí el proceso de modernización inició más prontamente, podría haber mantenido un sentido particular para la tradición (por ejemplo en la interpretación de la Common Law), un sentido para la propia institución (para la “constitución” en el sentido original del uso lingüístico inglés), para el Establishment de un estrato que dio tono o sentido, etc., hasta que el atraso de Gran Bretaña en el desarrollo mundial en confrontación a otros países no dio la posibilidad a Margaret Thatcher de poner todo en la discusión desde el punto de vista político.

dernización” y en el paso de una o dos generaciones tiene perdida su seguridad patrimonial y sin que en su plano estructural se pase a observar qué cosa ha seguido.¹⁵ Desde el punto de vista demográfico, la familia ya no produce herederos para la producción, para el consumo, es decir, “proletarios” en el sentido original de término. En conexión con esto crece el significado de la escuela y de la universidad, que todavía no están organizadas para poder satisfacer la realización de una formación adecuada y la selección de la carrera. En el sistema económico hay ahora una producción industrial orientada al mercado como fuente primaria de ingresos para todos los estratos; en modo correspondiente, se difunde en todos los estratos la dependencia del dinero y ahora también del crédito, hasta en el ámbito más privado: mayores pretensiones de consumo, costos de divorcio y de las consecuencias, costos de seguros, financiamiento de menores, etc. Pero también en otros sistemas de función viene transferida más realización a la organización. Aquí es la administración estatal la que se inserta en el contexto local, al prescindir de la autonomía concedida a la comunidad o la región; aquí son partidos políticos con asociaciones locales capilares, donde la selección del candidato viene mediante forcejeos de poder en el centro del partido; aquí es escuela para la totalidad poblacional, hospitales (en lugar del simple médico) y cárceles, es decir, instituciones organizadas por los requerimientos de todo tipo de clientela según la función específica. El sistema de función en cuanto tal no pasa ciertamente a ser organizado como unidad, pero en la cotidianeidad opera mediante la organización que asigna y atrae así el problema y la necesidad correspondiente, o también la producción misma con la de su oferta. En la perspectiva de esta estructura no hay necesidad alguna de relaciones patrón/cliente ni de redes de tipo similar (hoy se diría: “privado”).

Pero justamente aquí está el problema. Justamente en la Italia meridional es posible observar que la manera habitual de pensar en este tipo de redes de apoyo y de la expectativa de gratuidad existe todavía, pero se han transferido de la estratificación social a la organización. Los recursos accesibles ya no están constituidos por la propiedad, el prestigio de la familia, la obligación del origen social, ni en contactos sociales más amplios y con personas locales de un estrato superior. Más bien, los recursos se “derivan” de la competencia que hace disponibles posiciones en la organización. A menudo es suficiente el prestigio de una posición para ocuparse de cualquier cosa, donde la realización del oficio no tiende a conducir a nada. La organización po-

¹⁵ En esta tendencia, desde el punto de vista más general y más allá de lo regional (que para Alemania deberá quizás ser motivado, cuanto menos prolongado temporalmente), ver Lutz (1994). *Cfr.* también Lutz (1984 y 1986).

ne a disposición *signos* que pasan a ser utilizados como *símbolos* para competencia social general. Eso no es claramente evidente por sí mismo, pero deber ser elaborado, “merecido” y reproducido en las redes mismas con una disponibilidad continua. A tal fin son necesarios numerosos contactos sociales, mucha comunicación oral en la que el sentido no puede ser deducido de la realización de la organización ni es necesariamente comprensible a partir de propósitos prácticos directos, pero produce una especie de exceso que sirve a la reproducción de la competencia y de la disponibilidad social.

Si nos basamos en la interpretación de la causalidad como elección de formas en el medio correspondiente y en la interpretación de la libertad como espacio de libertad constituido cognitivamente (y entonces socialmente), la persistencia de tales modelos y su autorreproducción se vuelve más comprensible. También aquí la causalidad sirve en primer lugar para la sedimentación y para la autocorrección de distinciones, en particular las relativas a factores con los cuales es siempre posible obtener cualquier cosa. Necesariamente tenemos que atenernos a la exclusión de otra posibilidad, también es necesario continuamente aprender a cambiar de posición al interior de las redes. Claramente el modelo para descubrir formas causales, justamente porque no se entiende a sí mismo ni la naturaleza de los datos, no puede cambiar tan rápidamente como requeriría una adaptación a la estructura de la sociedad moderna. No se pueden sustituir rápidamente con cualquier cosa de otro que no es o sea probado en su validez (¿cómo se puede tener confianza en una organización si no se conoce a alguien que pueda influir en ella?) Y claramente, también las condiciones cognitivas para la constitución de libertades limitadas, para la atribución a intenciones (en lugar de perspectivas) y ser por ello un sentido que puede ser atribuido a la persona, no se pueden cambiar así rápidamente. En la organización se lee lo que, sin ella, ya no se podría realizar; y en efecto las organizaciones, con su autodescripción referida a decisiones y competencias, ofrecen numerosas posibilidades de intercambio de favores. No se puede decir que no se puede. Y si hay límites jurídicos hacia lo que es consentido, superar los obstáculos ofrece tantas más ocasiones para demostrar buena voluntad y disponibilidad a la ayuda. Una función del derecho podría ser exactamente ésta: incrementar el valor expresivo tanto del engaño del punto de vista jurídico como de la consciente activación o consciente desactivación.

La reproducción de este modo de tratar la causalidad y la libertad se vuelve comprensible si se considera más precisamente la comunicación cotidiana. Siguiendo a Watzlawick, Beavin y Jackson (1974), con la teoría de los actos de habla, se pueden distinguir dos niveles de la comunicación, dos tipos o dos direcciones funcionales de la comunicación. El primer nivel se

trata de temas o información que vienen elaborados: por ejemplo el cargo de un operario, la planificación de un viaje, Berlusconi o cosa similar. El otro nivel se trata de la actitud recíproca del participante, que no viene comunicada explícitamente pero viene implícitamente manifiesta; que se expresa para abreviar la mutua buena voluntad y la recíproca disponibilidad, pero también para expresar que un sí efectivamente significa un no. La comunicación es siempre paradójica, en cuanto comunica algo no comunicado: pero se espera que se entienda —y que no se hagan preguntas—. A menudo lo que se entiende entra en contradicción directa con lo que se dice, y también en esa situación se espera que se entienda pero que no se hagan preguntas. Que la comunicación en tales casos se quede sin resultados apreciables no debe de ser confundida con la sorpresa de que, según la situación, la insistencia puede formar parte del buen gusto. Los participantes saben cuándo se puede concluir y cuándo no. En todo caso la distinción entre los aspectos semánticos (literalmente “de costo”, es decir, que cobran su presencia al individuo, que le hacen pagar las consecuencias de esas acciones) y los aspectos pragmáticos (realizativos) de toda comunicación es una premisa importante para la participación en el juego y para la localización correcta de las causalidades y de las libertades.

Si éste es un problema general de la comunicación moderna y, por ejemplo, desarrolla un rol importante en el análisis de las patologías en la terapia familiar, se puede suponer que en el contexto de la Italia meridional la comunicación que activa organizaciones se orienta exactamente a este problema de la comunicación paradójica, precisamente moviendo el baricentro hacia el nivel de la comunicación latente de actitudes —cualquiera que sea el motivo y sobre cualquier información—. La paradoja de la comunicación viene desplegada suponiendo que se entienda que las informaciones desarrollan un rol de segundo orden y que es relevante sobre todo la simbolización de la red en que vengan tratados los favores y vengan dadas por descontadas las actitudes apropiadas. Nada se mueve por sí mismo, y también éste es un presupuesto importante para que el quererse y los servicios de amistad sean necesarios y vengan reproducidos distribuyendo prestigio.

El mismo movimiento del baricentro hacia la comunicación personalizada de actitudes se encuentra también en el modo en que viene presentada la cultura. Ciencia y arte vienen apoyadas ante todo como cultura. La presentación pública de la cultura anima una retórica que produce inmensos excedentes de significado sin dejar entender qué cosa se podría conseguir. La cultura (y los temas que de esta forma se pueden recoger, como familia, juventud, ética, poesía, Europa, etc.) viene celebrada como una cuestión que se consume por sí misma, casi como un ritual en el cual cuenta estar presente y ser visto

o escuchado. Se podría suponer que se trata del lado dulce de la red o también de la simbolización del “estar juntos” en presencia de intereses fuertemente divergentes. O también, por usar una formulación paradójica: el interés por la cultura no debe volverse un interés.¹⁶

Cuanto más son reconocibles las condiciones de participación, sin ser comunicadas como información, tanto más fuertemente se endurece la alternativa entre inclusión y exclusión. En la medida en que normas de proveniencia “oficial” y sobre todo cuestiones de validez y de imposibilidad del derecho vienen sometidas a las condiciones de la interacción personal, debe ser inventado un nuevo mecanismo sancionador a su vez generalizado: haciendo referencia a formas de orden muy antiguas, tal mecanismo consiste en la distinción entre inclusión y exclusión. Esto vale en todos los niveles: en los países, en las universidades, en las relaciones entre economía privada y administración estatal y sobre todo, naturalmente, para los políticos profesionales y para los numerosos políticos no tradicionales.¹⁷ Sin embargo, la exclusión no puede ser efectivamente probada porque llevaría hacia un “espacio no marcado” (*unmarked space*) en el cual no es posible encontrar estructuras cognitivas medibles, causalidades eficaces, libertades que puedan ser aprovechadas. Exclusión en la forma de aislamiento social existe en cierta medida sólo como murmullo y no en la forma de una alternativa que se puede sensatamente escoger ocasionalmente. La reproducción de las redes produce, para usar una formulación de la vieja psicología social, “ignorancia plural” (*pluralistic ignorance*) con relación a lo que sería posible. Esto confirma de nuevo el orden reproducido en la comunicación con todo lo que ahí y solamente ahí se puede encontrar en posibilidades de efectos y libertad.

Los investigadores empíricos podrían pensar en el desarrollo de una “prueba de sentimiento de vergüenza”. ¿Qué cosa se percibe, en la comunicación, como vergonzosa? Está claro que no es la solicitud de ayuda, de intervención en procedimientos regulados jurídica y organizativamente (por ejemplo: exámenes, adquisiciones de testimonio frente a los tribunales, prioridad en la evaluación de los pedidos, distribución de camas en hospitales y atención médica). La razón de que no sea embarazoso no es que se ofrezca un

¹⁶ Que la retórica de la cultura se nutra de intereses genuinos y de un rico repertorio de capacidades no debe naturalmente ser olvidado ni subestimado. Aquí los investigadores deberán indagar sobre los cuocientes de la desilusión.

¹⁷ Se deberá conceder una excepción a los tribunales, porque el sistema de la distribución de favores perdería propiamente su dificultad y también su propia justificación de existir, así también los tribunales podrían ser implicados mediante contactos directos. Para esto los abogados del estado y la justicia son también puntos de referencia para una relegalización del sistema.

pago,¹⁸ sino porque con la solicitud se conectan el reconocimiento de la competencia, de la influencia, del poder y de la buena voluntad. La red paga y motiva porque “genera reconocimiento”, es decir, permite la autorreproducción de las propias asimetrías, permite la reproducción de las causalidades y de las libertades. Evidentemente son involucradas también inmensas sumas de dinero que vienen introducidas en el intercambio de disponibilidad y de favores; de otro modo, ¿cómo se podrá probar mejor la amistad y al mismo tiempo el poder si no es abriendo un acceso al dinero? Pero la corrupción en este sentido legal, que hay en cualquier parte, no es un problema a considerar aisladamente. Más bien, es necesario suponer que la red se diluye entre corrupción y no corrupción mediante la supercodificación que distingue entre inclusión y exclusión.

Quiquiera que tome parte en la red en este sentido, debe saber cómo funciona: no tiene necesidad de saber por qué funciona como funciona. Para localizar causalidades y libertad, la red no tiene necesidad de orientarse a problemas públicos; tales problemas son ciertamente temas de la comunicación pero solamente porque se ocupan de ello las organizaciones que estimulan la comunicación. Sin embargo, la misma comunicación mueve el sentido continuamente entendido sobre el nivel de los intereses individuales: aquí y solamente aquí se estabiliza en la cotidianeidad una conciencia del problema que mantiene en movimiento la comunicación. “Individualmente” se da a entender en modo referido a la red, es decir, no limitado a las necesidades y a los deseos de la persona singular; en este contexto sobreviven más bien la familia así como las relaciones patrón/cliente: aquí el compromiso no es solamente hacia los propios intereses, sino en medida notable, y con tanto más cuidado, para con los intereses de los demás. El sistema vive de conexiones y de la distribución de prestigio. La distinción entre público y privado, que surge a partir del siglo XVIII, todavía no ha echado raíces: lo “privado” sigue siendo el “idiota” que se autoexcluye. Pero la situación de transición se manifiesta de manera nada despreciable en que el sistema ya no se funda en sus economías familiares y que los roles de mediación son dependientes de las organizaciones y perturban, cuando no sabotean, las disposiciones regulativas de las organizaciones. Así desde el centro se vuelve difícil controlar las organizaciones mediante organizaciones, porque las redes no son accesibles a los centros “oficiales”; no son concebidos de manera jerárquica, sino más bien heterárquica. Se llega ahora a una curiosa simbiosis entre organizacio-

¹⁸ Al contrario: no es raro enterarse de que médicos, abogados, arquitectos, etc., actúan sin cobrar cuando se interviene en el conocimiento a nombre del conocimiento, y esto aunque para nada se exija que se haga gratis; esto viene simbólicamente inserto en el retículo (o red) sólo como indicador para la relevancia, acercabilidad, prestaciones amigables, etcétera.

nes y redes que rompe con toda causalidad de intervención que responda a un plano, pero que en cambio distribuye en otro sentido formas de causalidad y opciones localizables en el sistema.

VII

Si es cierto que hay problemas importantes en la valoración socialmente difundida de la causalidad y de la libertad de elección, debería ser comprensible, frente a estas relaciones, que una política estatal falle o que sus ofertas vengan tomadas en consideración a lo más en vista de lo que se puede utilizar entre amigos. Ya no son válidas las premisas según las cuales hay un acceso directo al comportamiento individual que sería posible mediante el derecho, mediante el dinero o siquiera mediante las condiciones de pertenencia a las organizaciones formales, y a lo más este acceso sería agravado de una cuota residual de comportamiento irracional, antieconómico o simplemente criminal. Igualmente difícil aparece la politización de los problemas al interior del esquema liberalismo/socialismo, porque la cuestión es justamente ésta: si se puede esquematizar la constricción de tal modo que disponer del poder coercitivo —ya sea que, como poder estatal, se controle democráticamente, o bien que se le supere en cuanto poder económico— emancipe, por decirlo así, un desarrollo regional. La sociedad es un sistema histórico, una “máquina histórica”, que, reproduciéndose operativamente, de situación en situación, se orienta siempre a sí misma, y esto significa que se orienta siempre a lo que ella hace de sí misma. O también, para decirlo con Nietzsche: su “devenir” irreversible viene transformado de “voluntad de poder” en “retorno de lo idéntico”. Al menos *grosso modo*. Naturalmente, es obvio que existen cambios estructurales, también de tipo fundamental; que en relativamente poco tiempo el fundamento del sistema de patronazgo pueda mudarse desde la propiedad familiar a las posiciones de las organizaciones, es demostración más que suficiente de la profundidad y del ritmo del cambio estructural.

Una cuestión totalmente diferente, sin embargo, es si un cambio estructural podría ser introducido con la política o si debe ser permitido a la evolución en la cual la “planificación” desarrolle una regla más o menos fatal. No somos capaces y no debemos responder aquí a esta demanda. Pero si se debe suponer que un sistema de la sociedad, también en su expresión regional, es un sistema histórico, entonces un sistema que activa en toda situación recuerdos está comprobado que no es capaz para estimarse a sí mismo de otro modo, siendo inevitable un cierto escepticismo. También la cibernética y la matemática muestran que un sistema, en grado de reintroducir como *input*

justamente el *ouput*, no es capaz de ser objeto de cálculo para la propia operación y no puede ser tratado del lado externo como hoyos de una máquina fiable;¹⁹ y esto a pesar de que, no obstante: sólo porque opera en modo operativamente cerrado y determinado estructuralmente.

Las investigaciones sobre el desarrollo de territorios periféricos de la sociedad moderna no pueden entonces poner instrumentos a disposición del poder intervencionista de la política sin contradecir sus propios fundamentos. Dudas de este tipo, que hoy son muy difusas, no deben todavía conducir a la resignación; al contrario, abren perspectivas de investigación de otro tipo, que se basan en una diferenciación más fuerte entre ciencia y política. Los cambios conceptuales que hemos discutido a propósito de las cuestiones de la causalidad y de la libertad conciernen a teorías “autológicas”. Esto significa que pueden y deben ser también aplicadas a la investigación misma. Y no se entiende nada más, cuando se parte del hecho de que la sociedad moderna se funda en una diferenciación funcional de sus subsistemas. Cuáles libertades puedan ser contempladas y cuáles causalidades puedan ser construidas es una cuestión que varía entonces de sistema a sistema. Tener presente lo que hace más complicadas todas las planificaciones, tal vez es algo abrumador. No se puede entonces trabajar con un concepto ontológico de realidad ni con una lógica de la verdad de dos valores, que, si es utilizada sin errores, conduzca a resultados cuyo valor de verdad debe ser reconocido por todos. La sociedad moderna ya ha superado desde hace tiempo premisas simplificantes de este tipo, y esto no sólo porque existen ciertos “atrasos” en el desarrollo, sino justamente porque existen en la modernidad de sus estructuras y de sus semánticas. Sería de poca ayuda no querer tomar cuenta de esto y continuar a partir del centralismo de la racionalidad de una tradición europea superada desde hace mucho.

Traducción del italiano de Arturo Vallejos

Revisión técnica según el original en alemán de Marco Estrada Saavedra

Recibido: mayo, 2008

Revisado: junio, 2008

Correspondencia: A. V.: Centro de Estudios del Desarrollo Local y Regional (CEDER)/Universidad de Los Lagos/Lord Cochrane 1225/Osorno, Región de Los Lagos/Chile/Tel. 5664-333-576/correo electrónico: arturovallejos@yahoo.com

¹⁹ Sobre esto ver von Foerster (1993a y b).

Bibliografía

- Crozier, Michel y Ehrhard Friedberg (1977), *L'Acteur et le système. Les contraintes de l'action collective*, París, Éditions du Seuil.
- Esposito, Elena (1992), *L'operazione di osservazione. Costruttivismo e teoria dei sistemi sociali*, Milán, F. Angeli.
- Förster, Heinz (1948), *Das Gedächtnis. Eine Quantenmechanische Untersuchung*, Viena, Deuticke.
- Heider, Fritz (1944), "Social Perception and Phenomenal Causality", *Psychological Review*, 51, pp. 358-374.
- (1926), "Ding und Medium", *Symposium*, 1, pp. 109-157.
- Heylighen, Francis (1989), "Causality as Distinction Conservation. A Theory of Predictability, Reversibility and Time Order", *Cybernetics and Systems*, 20, pp. 361-384.
- Ingersoll, Virginia H. y Guy B. Adams (1986), "Beyond Organizational Boundaries. Exploring the Managerial Metamyth", *Administration and Society*, 18, pp. 360-381.
- Luhmann, Niklas (1990), *Die Wissenschaft der Gessellschaft*, Frankfort, Suhrkamp. [Traducción al español: *La ciencia de la sociedad*, trad. de Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura; bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana, 1996.]
- Luhmann, Niklas y Rafaele De Giorgi (1992), *Teoria della società*, Milán, F. Angeli. [Traducción al español: *Teoría de la sociedad*, trad. de Miguel Romero Pérez y Carlos Villalobos, 2a edición, México, Triana/Universidad Iberoamericana, 1998.]
- Lutz, Burkart (1994), "Das 'Projekt Moderne' liegt noch vor uns! Zur Notwendigkeit einer neuen Makrotheorie moderner Gesellschaften", en Hans-Ulrich Derlien (ed.), *Systemrationalität und Partialinteresse. Festschrift für Renate Mayntz*, Baden-Baden, Nomos.
- (1986), "Die Bauern und die Industrialisierung: Ein Beitrag zur Erklärung von Diskontinuität der Entwicklung industriell-kapitalischer Gesellschaften", en Johannes Berger (ed.), *Die Moderne - Kontinuitäten un Zäsuren*, Gotinga, Otto Schwartz, col. Soziale Welt, Sonderband 4, pp. 119-137.
- (1984), *Der kurze Traum immerwährender Prosperität*, Frankfort, Campus.
- Michotte, Albert (1954), *La perception de causalité*, 2a. ed., Lovaina, Publications Universitaires de Louvain.
- Nietzsche, Friedrich (1988) [ca. 1878], *Menschliches, Allzumenschliches I*, Munich, Taschenbuch-Verl.
- Rousseau, Jean-Jacques (1964) [1762], *Du contrat social*, en *Œuvres complètes*, vol. III, París, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade).
- Rühl, Manfred (1979) [1969], *Die Zeitungsredaktion als organisiertes sociales System*, 2a. ed., Friburgo/Schweiz, Universitätsverlag.
- Spencer-Brown, George (1979) [1969], *Laws of Form*, Nueva York, Dutton.

- Thomas, Keith (1988), *Vergangenheit, Zukunft, Lebensalter, Zeitvorstellungen im England der frühen Neuzeit*, trad. alemana de "Perception of the past in early modern England", Berlín, Wagenbach.
- von Foerster, Heinz (1993a), *Wissen und Gewissen. Versuch einer Brücke*, Frankfurt, Suhrkamp.
- (1993b), "Für Niklas Luhmann: Wie rekursiv ist Kommunikation?", *Teoria sociologica*, 1/2, pp. 61-85.
- (1981), *Observing Systems*, Seaside (California), Intersystems Publications.
- Watzlawick, Paul, J. H. Beavin y D. D. Jackson (1974), *Menschliche Kommunikation. Formen, Störungen, Paradoxien*, trad. alemana de *Pragmatics of Human Communication*, Berna, H. Huber.
- Willis, P. (1979), *Spaß am Widerstand. Gegenkultur in der Arbeiterschule*, trad. alemana de *Learning to labour*, Frankfurt, Syndikat.

